

Sergio González Rodríguez

# Los 43 de Iguala

México: verdad y reto  
de los estudiantes desaparecidos



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Ilustración:* © Paola Pineda Córdova  
*Diseño de gráficos/infografías:* Julio López

*Primera edición: septiembre 2015*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Sergio González Rodríguez, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2609-8

Depósito Legal: B. 16112-2015

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígono El Pla  
08750 Molins de Rei

## 1. CONFESIÓN

He querido evitarlo, pero me resulta imposible. He tenido que vencer la parsimonia que ha triunfado en el lenguaje de la política, de la vida pública, incluso de la literatura y el periodismo. Las *bellas formas* que a menudo pretenden ocultar la realidad.

Debo hablar de lo que nadie quiere ya hablar. Contra el silencio, contra la hipocresía, contra las mentiras, habré de decirlo. Y lo hago porque sé que otros como yo, en cualquier parte del mundo, comparten esta certeza: el influjo de lo perverso ha devorado la civilización, el orden institucional, el bien común.

Podrá decirse que de ningún modo, que ahora todo es mejor para la humanidad que en el pasado, que la democracia impone la escala de lo perfectible para cada quien, que las expectativas para la gente son patentes, que la libertad alcanza por primera vez su clímax histórico: ciencia, razonamiento lógico, economía de libre mercado, individualización, contrato social que vincula responsabilidades de gober-

nantes y gobernados y multilateralismo en el trato planetario.

Y, sin embargo, la terquedad de los hechos emerge para contradecir tal discurso engañoso. Y el color gris tiende a imponerse en el mundo que admitía la riqueza del espectro cromático. Es el gris unánime de las cenizas de los muertos en indignidad, de las cloacas e inmundicias burbujeantes, de la ciénaga turbia, de la «ecuanimidad» política y el utilitarismo en nombre de las causas ideológicas.

Todas las noches, antes de dormirme, asciende hasta mis oídos un rumor grave que tiende a incrementarse hasta la desesperación. En ese instante, cuando advierto que el sonido proviene de algún punto sutil, remoto, interno, subyacente a lo cotidiano, y parece traer consigo el aliento ominoso de una catástrofe inminente, en ese linde que vincula mi angustia con un mareo súbito, el aviso de un trastorno telúrico y cruel, vasto y expansivo, en ese instante preciso, irrumpe un silencio que acalla toda amenaza, la lucidez en suspenso que tiende a esclarecer temores, perplejidades, vislumbres.

La primera vez que advertí aquel rumor fue años atrás. Y pasó mucho tiempo antes de que volviera a percibirlo. O quizás, inmerso en la promesa, o la ingenuidad, o la confianza, me acostumbré a desoírlo. La inadvertencia ayuda a vivir, sí, pero al final resulta una usura que no se puede pagar. Ya no estoy dispuesto a dejar que ésta crezca.

Tengo frente a mí, sobre mi mesa de trabajo, fotografías, documentos, informes, transcripciones ju-

diciales, testimonios, grabaciones, videos acerca de la crueldad extrema que aconteció una noche de verano en una ciudad al sur de México, la cual, por un entrecruzamiento avieso de sucesos, predestinaciones, azares, intenciones, se convierte en un ejemplo exacto de la vigencia de lo perverso bajo la apariencia de lo normal: allí donde confluyen el poder y el contrapoder del orden global.

En otras palabras, el retrato fiel del mundo que viene (o ya está en muchas partes) y nos negamos a ver: la normalidad de lo atroz en medio de la política formal, el imperio de la propaganda, el espectáculo, la banalidad de las telecomunicaciones y el tono neutro del discurso público. Hemos pasado del costo de las sociedades totalitarias y su barbarie inherente al riesgo de las sociedades globalizadas y la inmanencia de su barbarie.

La voluntad envilecida tiende a unir la negatividad dispersa y vuelve a plantear el exterminio de las personas al amparo del formalismo institucional. El rumor aquel era una exhalación de la Grieta que aniquila lo humano y que comenzó a emerger sin que casi nadie la tomara en serio. El viento negro: un efecto inmenso y contagioso, letal y persistente; para entenderlo, o intuirlo, o sugerirlo, sólo tenemos ideas, palabras, versos, música específica, como la de Tom Waits cuando canta: «*You gotta keep the devil way down in the hole. / He's got the fire and the fury at his command...*» («Debes mantener al diablo abajo en su agujero. / Tiene el fuego y la furia a sus órdenes...») El mal está inscrito en lo que aceptamos como mundo

normal: los tiempos sombríos. El mal concreto de los abusos y las injusticias.

La escritura posee, entre otros cometidos, el de sondear la persistencia de lo perverso, que quiere ser invisible. El ideal del hombre libre ha culminado en la libertad de aniquilar a las personas entre los resquicios de las reglas universales.

Y esa atrocidad sucede como si nada aconteciera. En nombre de ideologías e instituciones, se tritura el estatuto humano. El mal se ha instalado entre nosotros inscrito entre los pliegues de la fe en el dinero, la guerra y la técnica. Hay que evitar, con el mayor ímpetu, contra toda ficción, contra toda vileza de cínicos o zafios, volverse parte de él. Me niego a callar, rehúso incurrir en la amnesia y el desdén. Gritar es poder, al igual que sobrevivir significa hacerse presente.

Esta historia sucede ahora en otras partes del mundo de modo semejante y nos resistimos a verlo. Si alguien lo niega o lo duda, le reto a que lea completo este libro.

La reflexión activa se impone en la era del ultracapitalismo de las máquinas y su espiral proliferante.

Mi vehemencia desea clarificar, se basa en los hechos y sostiene diez tesis prudentes:

1. Nada de lo escrito en estas páginas es ficción.
2. Creo en la defensa de los derechos humanos y defendiendo el principio pro-persona en mi tarea de investigación y escritura sobre los 43.
3. Me interesa ofrecer el contexto histórico necesario para complementar lo registrado más allá de la

trampa de reducir todo a una pugna entre buenos y malos.

4. Consigno mi propia perspectiva crítica, mis experiencias o mi forma de trabajo cuando resultan pertinentes.

5. Afirmino que el Estado y los gobiernos mexicanos tienen responsabilidad política y judicial en la masacre de Iguala, y lo argumento.

6. Lo mismo sostengo en el caso de Estados Unidos de Norteamérica (Estados Unidos) y aporto mis razones.

7. Rechazo por inconsistente e incompleta la investigación oficial al respecto.

8. Descreo de quienes detectan en los fenómenos violentos de México una especie de fatalidad o atavismo.

9. Esta obra documenta las razones históricas, sociopolíticas, materiales de la violencia en el país, como mis libros anteriores.

10. Describo por qué y cómo los 43 y otros estudiantes fueron expuestos a riesgos extremos por parte de sus dirigentes, a los que señalo.

Debemos recobrar la lucidez ante la actualidad del horror consentido, y ejercer la libertad de transformar lo aciago.

## 2. LA MASACRE

La noche del 26 de septiembre de 2014 en Iguala, Guerrero, al sur de México, un grupo de estudiantes de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa que viajaban en dos autobuses «expropiaron», como acostumbraban, otros tres de servicio público de la estación central de Iguala.<sup>1</sup>

Su plan era regresar a dicho plantel y prepararse para ir en esos vehículos a la manifestación de protesta del 2 de octubre en la Ciudad de México, que se realiza cada año en memoria de los caídos en la Plaza de Tlatelolco durante las movilizaciones del movimiento estudiantil de 1968.

A las 21.30 horas, un grupo de policías alcanzó los vehículos y se enfrentó a los estudiantes, disparando sus armas de fuego, lo que causó la muerte de tres jóvenes. Calles adelante, la policía volvió a coparlos y disparar. Algunos de los estudiantes lograron huir y se refugiaron en casas del vecindario, otros buscaron resguardarse entre los autobuses.

Hacia las 23.00 horas, y en otra parte a la salida

de Iguala, un grupo armado disparó contra otro autobús, en el que viajaban los integrantes del equipo de fútbol Avispones de Chilpancingo, y contra otro auto, lo que produjo el fallecimiento de tres personas más. Se registraron también 25 heridos.

Después de ambos hechos, afirma la pesquisa oficial, 43 normalistas fueron secuestrados, golpeados y asesinados por miembros del grupo criminal Guerreros Unidos en complicidad con policías municipales. Sus cuerpos fueron quemados esa misma noche con el fin de borrar la evidencia criminal.

Semanas más tarde, las autoridades mexicanas hallarían cenizas y algunos huesos en el basurero de una localidad cercana, Cocula, que en náhuatl significa «lugar de las riñas» o «de las ondulaciones».

A principios de diciembre de 2014, un estudio genético de cenizas de la Universidad de Innsbruck en Austria identificó a uno de los 43: Alexander Mora, de 19 años.

Entre los 43, destaca el caso de Julio César Mondragón Fontes, de 22 años, quien, aterrado ante el acoso policial y los disparos de armas de alto poder contra él y sus compañeros, echó a correr sólo para caer en manos de los policías. Otra versión afirma lo contrario: que permaneció valiente mientras les disparaban. Su cuerpo apareció horas después en una zona industrial de Iguala: fue torturado, se le desprendieron los globos oculares, le desollaron el rostro y murió por fractura de cráneo.

El gobierno del estado de Guerrero y el municipio donde aconteció la agresión contra los normalistas es-

tán en manos del Partido de la Revolución Democrática (PRD). El gobierno federal está a cargo de miembros del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Las autoridades federales, que conocieron los hechos de esa noche desde el inicio, se negaron a intervenir con el pretexto de que lo sucedido era un asunto concerniente a la autonomía local-estatal, aunque sabían de su vinculación con delitos federales, por ejemplo, delincuencia organizada por parte de los victimarios.

Hay testimonios de estudiantes y otras personas ante la fiscalía de Guerrero que afirman que los policías federales y los militares del 27.º Batallón de Infantería participaron activamente en los hechos, lo cual niega la investigación oficial, que afirma que los policías federales, al igual que el ejército mexicano, sólo fueron testigos de los sucesos de esa noche. Recurso vano.

En general, los delitos se cometen por obra o por omisión. En el caso de Iguala, tanto los militares como los policías y funcionarios de seguridad del gobierno federal que estuvieron presentes o dieron órdenes en Iguala aquella noche fueron omisos y, por lo tanto, tienen responsabilidad en los delitos de asesinato, tortura y desaparición forzada de personas que se cometieron entonces.

El 4 de noviembre de 2014, el gobierno federal anunció la captura del presidente municipal de Iguala, José Luis Abarca, y de su esposa, María de los Ángeles Pineda, por su presunta participación en los hechos, e informó sobre el encarcelamiento de policías municipales y delincuentes.

De acuerdo con el Estatuto de Roma de la Corte